

Geografía

del Mundo para

Niños



GEOGRAFÍA DEL MUNDO PARA NIÑOS



POR
V. M. HILLYER
Directora de la Escuela Calver .
Autora de Una historia para los niños, La educación infantil

ADAPTACIÓN A LA ESCUELA ESPAÑOLA
POR
FERNANDO SÁINZ
Inspector general de primera enseñanza.



ÍNDICE

	Págs.
Introducción	6
Viajeros al tren	9
El mundo através de un anteojito	10
El mundo es redondo, pues yo le he dado la vuelta	17
El interior de la Tierra	23
El gran desfile	28
El club número 13	33
La ciudad construída en un pantano	38
País de María, estado de virginia, bosques de penn	45
La ciudad imperio	48
El padre de las aguas	51
La fuente de la juventud y el país encantado	54
El país de los superlativos	56
El país del Dios de la guerra	58
Tan cerca y, sin embargo tan lejos	62
Piratas	66
Sudamérica	72
Dos buenos vecinos	78
El país del caucho y del café	82
El país de la plata	86
El puente sobre el océano	92
El país de los ángeles	99
Partez-vous français	113
Tierras más bajas que el mar	122
Castillos en el aire	127
Un país situado en el cielo	141
Lo más alto de la bota	147
Las puertas del paraíso y la cúpula del cielo	153
La ciudad muerta y viva	159
Un montón de cenizas gigantesco	164



	Págs.
Fabricado en Alemania	169
Agua, tierra y hielo	174
Peces, fiordos, cascadas y bosques	179
Las tierras en que el sol alumbra durante toda la noche	187
El oso	191
La cesta del pan	194
Un surtido variado de pueblos	197
La tierra de los dioses	200
El país de la media luna	205
El barco del desierto	210
Un país que “en otro tiempo fué”	212
Una tierra que mana leche y miel	215
Los santos lugares	218
El paraíso	222
El país de “las mil y una noche”	226
El león y el sol	232
Los que andan cabeza abajo	237
El elefante blanco y el país de los diablos	244
El país del dragón	247
El país en que se hiela termómetro	251
Las gigantescas serpientes marinas	253
Constructores de montañas	258
Un inmenso parque zoológico	262
Una isla de la fortuna	268
Las islas caníbales	272
Fin del viaje.....	275





INTRODUCCIÓN



Este libro es para esa clase de niños que creen que el cielo está en el firmamento, que imaginan el infierno bajo tierra, que nada han sabido de Nueva York o de Londres, que creen que un danés es una especie de perro, etc.

Este libro dará las noticias que traería un viajero que recorriese todo el mundo, pero sin propósitos comerciales.

Mostrará al niño las tierras y las gentes que hay más allá del horizonte.

Describirá no sólo “las Siete Maravillas del Mundo” sino la setenta veces siete maravillas de la Tierra.

Ocurre al tener que elegir una serie de países y costumbres interesantes entre los muchísimos que hay en la Tierra, para contarlos en este libro, la misma dificultad que cuando niños sentimos al dejarnos tomar sólo dos pasteles entre los riquísimos y variados que se nos ofrecían en una bandeja.

Nunca quedábamos plenamente satisfechos de la elección. Así nos ocurre ahora. Son tantas las cosas curiosísimas que podríamos describir entre las que encierra el Mundo, que tememos que los lectores se quejen de que hemos olvidado algunos países o gentes dignos de atención. Sobre todo los niños que viven en un lugar protestarán de que no le dimos toda la importancia que según ellos merece.

La Geografía nos parecía cuando niños una lista de nombres inacabable: clima, comercio, manufacturas, industrias y, sobre todo, *productos*. Tal sitio producía trigo, maíz, frutas, legumbres; este otro, hortalizas, cereales, aceite; tal otro, vino, carnes. Los países que no producían esos principales alimentos apenas si se les dedicaba atención. La Geografía parecía descubrir las sustancias para llenar el gran *estómago* del mundo. De la cabeza y el corazón de los pueblos



poco se ocupaba.

Todos recordamos con desagrado los libros de Geografía que nos hacían estudiar. Nos gustaba contemplar los mapas y algunos grabados, pero el texto era aburridísimo: epígrafes, subepígrafes, nombres y más nombres.

El mundo tenía la forma de una naranja, había tierras y mares, los continentes eran cinco, etc., etc., y de vez en cuando alguna noticia interesante, pero sin poderla explicar claramente, como aquella de que los esquimales viven en cuevas abiertas en la nieve; que los niños daneses llevan zapatos de madera, o que los chinos comen con palillos.

Y menos mal que el libro no era un catecismo de preguntas y respuestas que se aprendían de memoria. Recordamos un maestro que con su libro en la mano preguntaba: “¿Cómo viven los pueblos salvajes?” Y un compañero de pupitre contestaba: “Son pobres e ignorantes y viven en cuevas miserables.” El maestro objetaba impasible: “Te has confundido, esa respuesta es la que corresponde a la pregunta siguiente, en que se dice ¿cómo viven los esquimales?”

Si no tan malos, los libros más modernos de Geografía pecan de preocupaciones industriales, comerciales o son demasiado pueriles e inconsecuentes. Muchos datos estadísticos y abstracciones deben ser eliminados de los libros de Geografía para niños, porque no corresponden al mundo de sus intereses; en cambio, deben llevarse al texto geográfico cuentos que puedan ser muy representativos de creencias o costumbres.

Claro que como mejor se aprende la Geografía es viajando, pero no como aquel hombre de negocios que disponía de una hora en Roma para ver la ciudad y que saltando a un “taxi” se dispuso a hacer lo que se le recomendaba en una hojita que decía: “Lo más importante que hay que ver en Roma es la Catedral de San Pedro y el Coliseo. Tómase un “taxi” y, sin perder tiempo, visítense ambas cosas para poder tomar el tren de tal hora.” El hombre de negocios, pensando en ellos, sintió que paró el coche, y asomando la cabeza por la ventanilla, preguntó al conductor: “¿Qué es esto?”; el chofer le contesta: “Es el Vaticano.” “Muy bien, pues adelante, dice el turista.” De esa forma todo se mezcla y confunde, y es como si no hubiésemos visto nada.



Esto no quiere decir que sean despreciables los textos, sobre todo si van acompañados de claros y amenos mapas y gráficos, ni que sea impropio la retención de nombres, absolutamente precisos para referir a ellos circunstancias y curiosidades. Pero así como en los manuales de Geografía clásicos los nombres de países y de accidentes geográficos eran lo esencial, hoy pensamos que lo importante son las formas de vida y que los nombres sirven secundariamente para localizar aquéllas en el tiempo y en el espacio.

La Geografía es un excelente instrumento para estimular la autoinvestigación del niño. Mediante unos cuadernos arreglados por países pueden los niños coleccionar sistemáticamente materiales muy interesantes sustraídos de revistas, periódicos, documentos oficiales, anuncios, etcétera. Con extraordinaria frecuencia reproducen los periódicos ilustrados templos de la India, pagodas chinas, cazas de animales salvajes en África, parques famosos, paisajes maravillosos, escenas y costumbres curiosas. No hay que decir lo que el afán coleccionista del niño puede ser aprovechado en este sentido.

Antiguamente era muy frecuente encontrar en los pueblos personas ancianas que no habían visto del mundo nada que estuviese diez leguas más allá de la casa en que nacieron. Hoy el viaje es tan fácil, barato y cómodo que todo el mundo sale de su pueblo y muchos de su país y de su nación. Este libro trata de ofrecer a los niños viajeros ya en la realidad, ya en la imaginación, una idea de cuanto de notable hay en el mundo, procurando acostumar su atención a distinguir lo característico de cada pueblo, a fin de que no les ocurra lo que al navegante analfabeto, que al cabo de haber dado la vuelta al mundo no conservaba de ello otros recuerdos que un loro y un rosario de cuentas de vidrio.



Viajeros al tren



Me acuerdo de cuando era niño y me llevaban a la estación a ver los trenes. Un hombre de uniforme abotonado y gorra decía con voz sonora: “¡Señores viajeros para Zaragoza y Barcelona, al tren!” Al poco rato, otro hombre, con la cara sucia por el carbón, movía unas palancas de la máquina del tren, y éste se ponía en marcha lentamente. Los viajeros, desde las ventanillas, agitaban los brazos diciendo adiós a quienes habían ido a despedirles. Yo sentía gran envidia de quienes se marchaban a tierras desconocidas.

Cuando regresaba a casa, me gustaba vestirme de pantalones, ponerme una gorra y gritar por una bocina: “¡Señores viajeros, al tren!” Me hacía las cuentas de que yo era el conductor de un tren que llevaba a las gentes a países lejanos y raros.

Ahora, que ya soy un hombre y he viajado por todo el mundo, puedo conducirlos por medio de la lectura de este libro a través de las tierras más apartadas e ignoradas por vosotros. Os voy a conducir por todos los mares y continentes, por el Norte, por el Sur, por el Este, por el Oeste. Vamos a hacer un viaje por todo el mundo.



El mundo a través de un anteojo



Tú no has visto nunca tu propia cara. Esto puede que te sorprenda, pero así es.

Dirigiendo mucho los ojos hacia abajo, podéis ver la punta de la nariz. Haciendo con la boca un morro muy pronunciado, podéis ver el borde de los labios. Sacando la lengua todo cuanto podáis, llegaréis a ver la punta.

Pero vuestra propia cara no os la habéis visto nunca. Sería preciso que salierais de vosotros mismos y pudierais contemplaros desde fuera, y eso no es presumible.

Cuando decimos que sabemos cómo tenemos la cara, queremos significar que nos hemos mirado a un espejo y hemos visto su imagen, es decir, una reproducción exacta de nosotros mismos.

Tampoco podemos haber visto nunca la totalidad del mundo en que vivimos, ni lo podremos ver jamás. Ordinariamente vemos del mundo el pequeño trozo que nos rodea, bien andando por la calle, asomándonos a la ventana o paseando por el campo.

Pero si subimos a lo alto de una torre, vemos mayor espacio. Si trepamos a la cúspide de una montaña, vemos más aún. Si nos elevamos en un aeroplano, se amplía el espacio visible, y así sucesivamente.

Pues bien, por alto que subiéramos, no podríamos ver jamás la totalidad del mundo. Sería preciso, como decíamos antes, salir de nosotros mismos, esto es, salir de la Tierra en que vivimos, y traspasando las nubes y alejándonos hasta donde están las estrellas, contemplar desde allí nuestro globo como desde la Tierra vemos otros planetas. Y esto hay que renunciar a que podamos conseguirlo, por muy perfecto que fuera el aeroplano que nos condujera por las más altas regiones del cielo.

Y lo peor es que no podemos hacer con el mundo lo que hiciéramos con nuestra cara, asomarla a un espejo. ¿Cómo saber entonces a qué se parece el mundo?

